

El espejo opaco: reflexiones acerca de *La tejedora de Coronas*, la historia y la postcolonialidad¹

Enrique Alejandro Velasco Castillo
Pontificia Universidad Javeriana

Deseo, con el siguiente trabajo, mostrar de qué manera *La tejedora de coronas*, en tanto que obra literaria, puede ser inscrita a su vez dentro del horizonte de transformaciones y cuestionamientos suscitados a finales de los años setenta en el pensamiento crítico social en general y en lo que se ha denominado teoría postcolonial en particular. Sin duda *La Tejedora de Coronas* (1982) es una novela riquísima en reflexiones y resemantizaciones en torno a la historia, la cultura y el género. Me interesa, entonces, sugerir no solamente que las preocupaciones implícitas en la novela son congruentes con aquellas de la teoría académica, sino que en *La tejedora...* se hallan, casi *avant la lettre*, muchas de las re-

¹ El presente texto es una versión aumentada de la ponencia presentada en el Encuentro Regional de Estudiantes de Literatura el día 5 de mayo de 2000, en el marco de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. Me encuentro en deuda con las siguientes personas por su apoyo y las valiosas críticas que ofrecieron a versiones anteriores de este artículo: Stella Sarmiento, la profesora Luz Mary Giraldo, el profesor Diógenes Fajardo, la profesora Sarah González de Mojica y el profesor José Antonio Figueroa. De igual forma mi gratitud está con los organizadores del Encuentro, pendientes de manera constante del proceso que dio origen a este ensayo, Esteban Hincapié y Santiago Tobón, por su paciencia e infatigable voluntad.

flexiones posteriores que surgirán en el ámbito del pensamiento postcolonial. Terminaré indagando acerca de la posibilidad de que, como construcción de sentido y acto de comunicación, *La Tejedora de Coronas* resulte ser más eficaz en el intento de releer la historia y explorar la construcción de la identidad local que los discursos académicos en apariencia “duros” de las ciencias sociales, al hallarse desprovista de las limitaciones autoimpuestas por las instituciones.

En una ponencia leída en 1987, Germán Espinosa afirmó: “No ignoramos cómo nuestra sangre, producto de sangres verdidas en el lago de púrpura de la hibridez cultural y del mestizaje, halla trabajoso, a ratos, identificarse en el espejo de la historia. Es esa labor de identificación la que justifica un volcamiento literario sobre nuestra vieja historia política” (Espinosa 1990, 78).

A todas luces, la preocupación por esa “labor de identificación” continúa siendo legítima en nuestros días. Pero deseo sugerir que, tal vez, el “espejo de la historia” del que hace mención Espinosa se encuentre, para continuar con la metáfora, opaco; el “espejo de la historia” distorsiona nuestra imagen e impide ver, en toda su magnificencia “la suma de nuestros rostros [...] nuestra verdadera imagen colectiva” (80). Quiero decir con esto que la historiografía oficial, sofisticado relato, es eurocéntrica desde su concepción. La anterior afirmación comporta toda una serie de reflexiones que vale la pena abordar, antes de proceder a indagar acerca de las vinculaciones, reales y posibles, entre la novela que nos ocupa y la teoría de corte postcolonial.

Es importante, en primer lugar, mencionar los problemas que un concepto como el de “modernidad” presenta al ser aplicado a las peculiares condiciones de los pueblos que se vieron sujetos, en un momento de la historia, al dominio colonial. Sverker Finnström nos recuerda en uno de sus textos que la “modernización es usualmente comprendida en relación con procesos de industrialización, urbanización, secularización, racionalización (weberiana), y el desarrollo de sistemas mundiales de mercado”. Pero advierte también que “con frecuencia los análisis de la modernización resultan en un cuadro eurocéntrico y dicotómico de

la modernidad versus la tradición” (1997). Evidentemente, el problema resulta de las pretensiones totalizadoras del pensamiento occidental eurocéntrico, el cual —oh paradoja—, al intentar aprehender la realidad de lo *Otro* con mayúscula, se ve abocado a escindir y polarizar, a construir toda una serie de presupuestos metafísicos para con ellos enunciar, aprehender y por consiguiente dominar al Otro en un ejercicio de naturalización de la diferencia que da por sentado el carácter subalterno de aquel que no corresponde a las categorías que legitiman la identidad dominante. De ahí surge el bien conocido tópico del carácter masculino-blanco-civilizado-europeo del enunciatario occidental, en oposición al femenino-mestizo-incivilizado-no europeo de todos los demás. A este respecto vale la pena recordar el encuentro ficcionalizado en la novela entre el *bon fripon*, Leclerq y el joven Federico Goltar, traicionado hasta el final por la imagen construida de aquel representante contrahecho de los valores civilizadores pero, al fin y al cabo, nacido francés.

Es de imaginar, entonces, la importancia que tiene para nuestra aproximación el que la voz narrativa sea puesta en boca de una mujer criolla; se trata de una voz que no habría sido privilegiada por los mecanismos tradicionales de producción y permanencia discursiva, una mujer para quien el “espejo de la historia”, opaco desde su concepción, no habría rendido imagen alguna.

Cabe preguntarse por qué no aparecieron antes las reflexiones teóricas concernientes a la postcolonialidad, cuando hacia los años veintes y treintas, como lo recuerda John Beverley (1995), Fernando Ortiz ya había introducido, en sus estudios etnográficos sobre Cuba el concepto de “transculturación”, adaptado posteriormente por Ángel Rama en los sesentas. Podríamos aventurar que una de las causas de este aparente silencio en los estudios sociales es un producto, entre otros, del carácter eminentemente eurocéntrico de estas teorías,² que involucraba todo un refi-

² En un artículo que explora la relación entre la globalización y las actuales formas del pensamiento crítico, el profesor Arjun Appadurai señala diversas dificultades que sobra examinar aquí, pero que son inherentes al análisis del fenómeno de la globalización —concepto abarcante que vincula

namiento del proyecto de la Ilustración —europeo en sus inicios—, mediante el cual la técnica y los métodos de las ciencias empírico-fácticas proveerían eventualmente las respuestas adecuadas al subdesarrollo de las naciones emergentes. Como es bien sabido, las pretensiones de objetividad de tal modelo darían pie a la aceptación como un hecho natural de la condición subalterna de ciertos pueblos partiendo incluso de premisas actualmente indefendibles, como la conformación fenotípica de las razas. Pero, para sorpresa de muchos, el proyecto modernizador y autoritario del occidente europeo y, a partir del siglo XX, norteamericano, tropezó con la rigidez misma de su propio paradigma.³ Se dan, particularmente a partir de los años setenta, desplazamientos en la forma de ver las culturas y sus intercambios y negociaciones simbólicas que permiten acercarse al crítico de la cultura de manera diferente a los productos culturales, desprovéyéndolos de un carácter ahistórico e inmanentista no

tanto las esferas de la economía y la política, como las de lo social y lo cultural. Interesa indagar por qué surge ese "titubeo epistemológico", como él mismo lo denomina, a partir de la década de los setentas. A ese respecto, escribe Appadurai:

En una época anterior, más segura, de la historia de las ciencias sociales, especialmente en los años 50 y 60, durante el auge de la teoría de la modernización, este titubeo epistemológico habría sido rápidamente descartado, porque aquél era un período que conocía un sentido más seguro de la relación entre teoría, método y lugar en las ciencias sociales. La teoría y el método eran vistas naturalmente como metropolitanas, modernas y occidentales. Al resto del mundo se le veía desde la perspectiva de casos, acontecimientos, ejemplos y lugares de pruebas en relación con este lugar estable para la producción o revisión de la teoría (1998).

³ Los profesores Sanjay Seth, Leela Ghandi y Michael Dutton en un texto titulado "Estudios postcoloniales: un comienzo...", afirman que:

Era, por supuesto, posible reinscribir lo no-Occidental dentro de una historia que no fuese de su propia hechura, y el discurso dominante del período postcolonial, aquel del 'desarrollo', hizo precisamente esto. El no-Occidente eventualmente 'despegaría' en una senda de desarrollo económico y social, análoga a aquella de Occidente; y la labor del intelectual consistía en aprovechar los recursos de la ciencia para descubrir los impedimentos de tal progreso, de manera que la ingeniería social pudiese removerlos. Versiones de este paradigma demostraron ser notablemente persistentes a pesar de sus fallas manifiestas y se encuentran bien vivas en la actualidad. Pero otras voces y otros programas, a veces ahogados temporalmente en el barullo del desarrollo, se reafirmaron a sí mismos. (Seth et al. 1998, 8)

civo a la hora de examinar las implicaciones políticas de las enunciaciones en ellos contenidas.

Tengamos presente lo anterior para corroborar lo dicho por Germán Espinosa:

En mi novela *La tejedora de coronas* construí lo que Jaime Mejía Duque llamó una “metáfora enfática” de Hispanoamérica, y que, aunque desemboque asimismo en una condena injusta, urdida por el colonizador, deja abiertas las puertas de la esperanza. La suma de nuestros rostros dará algún día nuestra verdadera imagen colectiva, *esa identidad que parece escapar a los científicos sociales* y que no es otra que la de un rostro mestizo, epítome de nuestras culturas (1990, 80) [Itálicas mías].

En realidad, el maestro Espinosa no se equivocaba. El tema de una identidad híbrida y heterogénea era apenas explorado de forma tímida por estas latitudes. Recordemos que la novela se comenzó a escribir en 1969, en el momento en que aparecían ya las herramientas deconstructivas postuladas por Derrida y retomadas posteriormente por teóricos de la postcolonialidad —hindúes, resulta claro— como Gayatri Spivak y Homi Bhabha. La antropología, y en particular la disciplina etnológica, se abría a las posibilidades críticas que introducía el hecho de minar la autoridad del analista mediante la textualización de sus prácticas y productos.⁴ Es hasta 1978 cuando se publica la obra fundante en el campo de los estudios denominados con posterioridad *postcoloniales*. Se trata de *Orientalismo*, escrita por el académico palestino Edward Said, obra que contiene ya el

⁴ El paradigma interpretativo que sirve de fundamento a los estudios literarios y el paso necesario a un modelo que involucra a los sujetos políticos presentes en todo acto de comunicación como es la intención de la mayoría de programas post fue dado ya, a partir de aquellos años, por otras disciplinas. Por este motivo es interesante el paralelo que puede establecerse entre los estudios literarios y la práctica etnográfica, provista esta última de todo un armazón metodológico que pretendía dotarla de objetividad, como escribe James Clifford:

La interpretación, basada en un modelo filológico de la “lectura” textual, ha surgido como una alternativa sofisticada a los reclamos, ahora evidentemente

germen de un tipo de análisis que da cuenta de los mecanismos de producción discursiva y textual de los que se vale un grupo dominante para elaborar su imagen-constructo del Otro, exotizándolo.

Según Deepika Bahri, las siguientes son algunas de las cuestiones más relevantes en el campo de la teoría postcolonial; nos interesa ver, entonces, la manera como la novela explora con agudeza crítica y profundidad humana estos problemas. Ustedes juzgarán hasta qué punto se da un vínculo entre ambos discursos, cuando menos en el plano de sus preocupaciones de base expresados así por la profesora Bahri:

¿Cómo afectó la experiencia de la colonización a aquellos que fueron colonizados mientras influía simultáneamente a los colonizadores? [...] ¿Qué rastros han sido dejados en las sociedades postcoloniales por la educación, la ciencia y la tecnología coloniales? ¿Cómo afectan estos rastros las decisiones en torno al desarrollo y la modernización en las postcolonias? ¿Cuales fueron las formas de resistencia contra el control colonial? ¿De qué manera la educación y el lenguaje colonial influyó la cultura y la identidad de los colonizados? ¿Cómo fueron cambiados los sistemas de conocimiento existentes por la ciencia, la tecnología y la medicina Occidentales? ¿Cuáles son las formas emergentes de identidad postcolonial tras la partida de los colonizadores? [...] ¿De qué manera funciona el género, la raza y la clase en el discurso postcolonial? (1996).

ingenuos, de la autoridad experiencial. La antropología interpretativa desmitifica gran parte de lo que anteriormente permanecía no cuestionado en la construcción de las narrativas, los tipos, las observaciones y las descripciones etnográficas. Contribuye a una visibilidad creciente de los procesos creativos (y en un amplio sentido, poéticos) por medio de los cuales se inventan y se tratan como significativos los objetos "culturales" (1988, 57).

Sin embargo:

Ni la experiencia ni la actividad interpretativa del investigador científico se pueden considerar inocentes. Se hace necesario concebir la etnografía no como la experiencia y la interpretación de "otra" realidad circunscrita, sino más bien como una negociación constructiva que involucra por lo menos a dos, y habitualmente a más sujetos conscientes y políticamente significantes. Los paradigmas de la experiencia y de la interpretación están dejando el paso a los paradigmas discursivos del diálogo y la polifonía (61).

Resulta claro, de este modo, cómo, a pesar de la distancia cualitativa que separa a *La tejedora...* de las reflexiones de la academia, ambos discursos intentan ofrecer problemáticas profundas ante aquello que Samir Amin denomina “culturalismos”, es decir, la “tendencia a tratar los caracteres culturales como invariantes transhistóricas” (1989, 21).

En un artículo titulado “The Pastime of Past Time: Fiction, History, Historiographic Metafiction”, Linda Hutcheon diferencia los términos “metaficción” y “metaficción historiográfica”: “La ‘metaficción historiográfica’ [...] intenta desmarginalizar lo literario mediante la confrontación con lo histórico, y lo hace tanto temática como formalmente” (289).

Y para Victoria Orlowski:

Más allá de reconectar la historia y la ficción, Linda Hutcheon enfatiza que “la ficción postmoderna sugiere que re-escribir o re-presentar el pasado en la ficción y la historia es, en ambos casos, abrirla hacia el presente, prevenir que sea conclusiva y teleológica” (209). En este proceso de redefinir la “realidad” y la “verdad”, la metaficción historiográfica abre una especie de túnel del tiempo que redescubre las historias de gentes oprimidas, como las mujeres o los nativos colonizados (Orlowski 1996).

Esa “especie de túnel del tiempo” del que habla Orlowski es, en el caso del texto que nos ocupa, la posibilidad real de eliminar, cuando menos provisionalmente, la opacidad presente en el “espejo de la historia”.⁵ Esto nos permite desplazar el acento de la verificación *fáctica* que se nutre de las pretensiones de la Ilustración a los *textos* que dan cuenta de las múltiples maneras en que los encuentros intersubjetivos transforman a las partes involucradas. Pero hacer efectivo ese despla-

⁵ En un comentario al texto de Hutcheon, Victoria Orlowski señala que: Los cuestionamientos modernistas y postmodernistas desafiaban la autoridad de las historias al reconocer que el “hecho” presentado es la interpretación subjetiva del autor. Las metaficciones historiográficas cierran la fisura entre las obras históricas y ficcionales mediante el uso recombinao de los dos géneros. Emplean una “instancia cuestionadora a través de su uso común de las convenciones de la narrativa, de la referencia, de la

zamiento no fue tarea fácil, pues involucraba desprenderse de toda una amalgama de presupuestos producto de la modernidad, que operaban de manera implícita en los discursos y en sus lectores. Se daba por sentado la existencia de una brecha entre el mundo empírico y el mundo de los textos, ante el cual la respuesta fue una profunda crítica que, como lo ha mostrado Elizabeth Ermarth, tiene raíces profundas que van hasta el siglo XVIII.⁶

Los argumentos que he expuesto nos conducen directamente al callejón sin salida del científico social —y dentro de esta categoría nos incluimos, estudiantes o estudiosos de la literatura—: básicamente la pregunta es ¿hasta qué punto mi trabajo se encuentra provisto de un correlato en los sistemas sociales que pretendo describir, denunciar y teorizar? En realidad, los hechos demuestran ser poco halagadores. En el seno de la academia, las mismas estrategias de legitimación que pretenden proveer a nuestros textos y relatos —y seamos honestos, a nosotros mismos— de un lugar de enunciación válido, se convierten en trampas autoimpuestas que nos inhabilitan siempre de algún modo para interrogar de forma eficaz los sistemas sociales y de pensamiento.⁷ No resulta descabellado pensar que una obra como *La tejedora de coronas*, por el hecho simple de ser una novela, un texto declaradamente ficcional, se encuentre provista de las estrategias narrativas (en

inscripción de la subjetividad, de su identidad como textualidad, e incluso de su implicación ideológica" (286).

⁶ "Por razones estratégicas así como substantivas es importante recordar que la obra del postmodernismo *no es nueva* (es completamente evidente en el surrealismo y, como vio André Breton, se encontraba ya presente en el Romanticismo) y *no está acabada*. Muchos así llamados logros modernos y post-modernos se evidencian ya en el siglo XIX e incluso en el XVIII, aunque la crítica cultural que implicaban no alcanzaba aún masa crítica" (Ermarth 1992 en Jenkins 1996, 52).

⁷ El profesor John Beverley, de la Universidad de Pittsburgh, preside el Grupo de estudios sobre la subalternidad en América Latina. En texto suyo, titulado "Sobre el proyecto de los estudios subalternos Latinoamericanos", podremos ver un vínculo importante entre los teóricos hindúes y la necesidad de plantear las cuestiones que ofrece la crítica postcolonial dentro del marco particular de las condiciones de nuestro continente. Escribe Beverley:

el sentido amplio) para escapar a tales trampas.⁸ Mi argumento es que sería imposible para mí convertirme en vocero autorizado de la crítica feminista; o en historiador de la colonia con pretensiones resemantizadoras de los relatos oficiales; o en interlocutor de místicos, reyes, papas, filósofos y prostitutas, individuos que forjaron, *todos ellos*, el Siglo de las Luces.

Yo no soy, muy para mi despecho, Genoveva Alcocer.

La subalternidad es una identidad relacional y no ontológica, lo que implica que es una identidad socialmente construida (o mejor, desde que no es una sola cosa, es en cambio una serie de identidades en desplazamiento constante). Lo que nos gustó [a los miembros del grupo] del trabajo de Spivak y el grupo Sur Asiático fue su sentido agudo de las limitaciones del discurso de élite, bien sea historiográfico, antropológico, literario, colonial, liberal o, incluso, marxista —límites impuestos [...] por el hecho irreductible de que el discurso de élite y las instituciones que lo contienen, como la universidad y las disciplinas de la historia y la literatura, son ellas mismas cómplices en la construcción y el mantenimiento de la subalternidad (1995).

⁸ Elizabeth Ermarth sugiere un interesante programa de convergencia entre las producciones simbólicas y textuales que dan lugar a las renegociaciones políticas en el seno de la sociedad actual y las herramientas de análisis que proporcionan los estudios literarios y la estética:

La respuesta más directa a la pregunta de “¿Por qué texto?”, sin embargo, es “¿Por qué no?”. La separación entre un mundo de textos y un mundo de hechos, entre la historia y el texto, es una separación que sirvió al discurso moderno; es la misma distinción que hay entre la política y la estética. Tales distinciones desaparecen en el postmodernismo junto con las agendas a las cuales sirven, aunque el lenguaje que mantiene estas distinciones es muy difícil de cambiar, incluso para aquellos interesados en hacerlo [...]. El lenguaje es radioactivo; sobrepasaremos sus imposiciones cuando dejemos de depreciar lo “estético” distinguiéndolo de lo “político” y comencemos a escribir una Estética del Capitalismo, una Estética del Feminismo, una Estética del Racismo, una Estética de las Corporaciones, una Estética (con diferencias nacionales) del Cartel, una Estética del Café / Bar. En otras palabras, cuando apliquemos a las prácticas materiales el conocimiento preciso y sofisticado de los sistemas que desde la Ilustración hemos denominado “estéticos” (56).

Obras citadas

- Amin, Samir. *El eurocentrismo: crítica de una ideología*. México: Siglo XXI, 1989.
- Appadurai, Arjun. "La globalización y la imaginación en la investigación". (1998), documento electrónico, disponible en: <http://www.unesco.org/issj/rics160/appaduraispa.html>.
- Beverley, John. "On the Project of the Latin American Subaltern Studies". (1995), documento electrónico, disponible en: <http://www.pitt.edu/~gajjala/virtual-john.html>.
- Clifford, James. *Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1995.
- Ermarth, Elizabeth. "Sequel to history". *The Postmodern History Reader*, Keith Jenkins (ed.), London: Routledge, 1996.
- Espinosa, Germán. "La historia (y nuestra historia) y la literatura". *La fiebre en la luna, ensayos*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990.
- Finnström, Sverker. "The Growth of Ignorance?" (1997), documento electrónico, disponible en: <http://landow.stg.brown.edu/post/poldiscourse/finnstrom/finnstrom2.html>.
- Hutcheon, Linda. "The Pastime of Past Time: Fiction, History, Historiographic Metafiction". *GENRE XX*, Fall-Winter, 1987.
- Orlowski, Victoria. "Metafiction". (1996), documento electrónico, disponible en: <http://www.emory.edu/ENGLISH/Bahri/Metafiction.html>.
- Petraglia-Bahri, Deepika. "Introduction to Postcolonial Studies". (1996), documento electrónico, disponible en: <http://www.emory.edu/ENGLISH/Bahri/Intro.html>.
- Seth, Sanjay et al. "Postcolonial Studies: A Beginning...". *Postcolonial Studies*, vol 1, 1, (1998).